



## «El Duelo»

AAN 1955

El Mercurio 26.1.93 p. C15 000 195-490

Este montaje dirigido por Rodrigo Pérez, quien también seleccionó los textos (poemas narrativos) de José María Mamet, puede ser considerado un buen ejercicio, válido para constituir una interesante escena dentro de un marco más amplio. Como un solo cuadro que intenta dramatizar el conflicto de la vida religiosa femenina, es limitado.

Es un hecho que los primeros diez minutos de «El Duelo» cautivan al espectador, puesto que hay interesantes elementos en juego. Primero, es necesario destacar el impacto de la despojada escenografía diseñada por Nury González, constituida por tres láminas metálicas transparentes que caen desde lo alto, estableciendo un juego inicial envolvente que se complementa con el mismo número de actrices en escena. Estas formas simples hacen las veces de columnas y son una referencia constante para los movimientos que el director ha ideado.

Asimismo, Nury González ha concebido un vestuario que reúne el colorido, las texturas y los símbolos monacales de manera integral. Pero, aún cuando el clima del claustro está conseguido en el plano formal, el conflicto se exterioriza muy superficialmente y el temor a la muerte, la pasión, la perturbación de la carne, la actitud hacia el hombre y otros temas, quedan apenas expuestos.

Luego, es preciso señalar la música como factor protagónico, más aún cuando se trata de una creación que posee una fuerza espiritual extrema, como «Las cuatro últimas canciones», de Richard Strauss, en la interpretación de la famosa soprano Kiri Tekanawa. Esto quiere decir que acompañar a las tres figuras de las religiosas con esta música es más que un acierto, y de he-

cho, la voz de Kiri Tekanawa, la orquestación y la música de Strauss confieren la máxima tensión y los mejores momentos.

En cuanto a los textos escogidos por Rodrigo Pérez para realizar el montaje de «El Duelo», ellos ofrecen un contenido limitado por la falta de profundidad. Si tan sólo pudiéramos entender las letras de las propias canciones de Strauss, algunas compuestas por Herman Hesse, cabría preguntarse por el sentido de las palabras que las actrices deben pronunciar. Para explicar esta debilidad textual, basta recordar el montaje de «El Marinero», de Fernando Pessoa, dirigido por Alejandro Castillo, donde texto, música y conflicto fluían como un todo espiritual profundo e inseparable.

De todas formas, esta primera muestra de Rodrigo Pérez como director independiente (del Club de Teatro o el grupo La Memoria) posee un trabajo relevante en lo que a movimiento se refiere. Las tres actrices, Naldy Hernández, Patricia Pardo y Tamara Acosta, siguen rigurosamente una variedad de desplazamientos, creando estampas creativas y sugerentes. La dirección ha puesto especial énfasis en el movimiento de las manos y dedos, concentrando ahí una expresión femenina delicada y atractiva.

Como se ha señalado al comienzo, «El Duelo», más que un montaje, es una larga escena, en un principio lograda gracias a elementos bien escogidos, pero que luego evidencia un texto que aporta poco, un desarrollo incompleto y un final que no es consecuente con el clima general. Este trabajo de Rodrigo Pérez posee una materia prima que hay que seguir explorando.